# Alocución Pastoral

QUE EL ILMO. Y RVMO. SR. DR. D.

CARLOS M. DE LA TORRE

OBISPO DE RIOBAMBA

*dirige a los católicos de su Dió-cesis, al conmemorarse el 1er. Centenario del nacimiento del ínclito Patriota, Fervoroso Católico y Modelo de Magistrados,*

**Dr Gabriel García Moreno**



QUITO
Folletín de El Derecho
1921

# Nos Dr. D.
# Carlos María de la Torre,

**POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,**

**OBISPO DE RIOBAMBA.**

*A nuestro Vble. Capìtulo Catedral, al Clero secular y regular y a todos los fieles de nuestra Diócesis, Salud y paz en N. S. Jesucristo.*

———

*Homo Dei:*
Hombre de Dios.
(I. Tim. 6, II).

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

Alborozado celebra el Ecuador en estos días una de sus fechas más memorables: el centenario del nacimiento de aquel

ciudadano ilustre, católico ferviente, integérrimo Magistrado, Presidente modelo, honra, prez, gloria y esplendor de la Religión y de la Patria, Gabriel García Moreno.

Si en tan solemne ocasión nos cruzáramos de brazos y guardáramos estudiado silencio; si no levantáramos en alto la voz y extendiendo la diestra no señaláramos con ella la esbelta y arrogante figura del Gran García, reos nos haríamos de imperdonable delito: mostraríamos que no bullen en nuestro pecho los sentimientos de gratitud, que no obedecemos a las inspiraciones de la justicia, que no amamos como debieramos a nuestros diocesanos, pues desperdiciáramos coyuntura tan propicia de aguijarlos al cumplimiento de sus deberes de cristianos y de patriotas.

Brevemente trazaremos algunos rasgos de la fisonomía moral de García Moreno, considerándolo en los últimos años de su

fecunda vida. Ellos nos descubrirán, entre arreboles de gloria, al cristiano de profundas convicciones religiosas que no se avergonzó jamás de su fe; al Magistrado modelo que en el gobierno de la nación y en sus relaciones con los demás pueblos enarboló sin timidez ni cobardía el glorioso pendón de la religión Cristiana; al esforzado y aguerrido Presidente que con firme y robusta mano conservó enhiesto el estandarte de la santa cruz no obstante el odio, las calumnias y amenazas de muerte con que le persiguieron; al Mártir invicto que al caer acribillado de heridas no abandonó la inmortal enseña y la empapó con su sangre; al hombre de Dios, en una palabra, siempre uniforme y consecuente consigo mismo: *Homo Dei.*

## I

En nuestros aciagos días, ya por ignorancia culpable, ya por

vil interés o infame cobardía, hasta personas que blasonan de católicas profesan con frecuencia una perniciosísima doctrina. Dividiendo con inconcebible ceguedad la indivisible persona humana, no se avergüenzan de proclamar que si no puede prescindirse de la Religión en el santuario de la conciencia, ni sin funestas e irremediables consecuencias es posible desterrarla de la familia y del hogar; en la vida pública y social bien pueden dejarla a un lado los cristianos, y portarse como gentiles o ateos, como si no existiera un Dios en los cielos o no se preocupara del gobierno del mundo.

Error funesto, doctrina exicial, responsable de los gravísimos e imponderables males que azotan y afligen a los pueblos.

La noble, generosa y aguerrida alma de García Moreno no podía prestarse a esta vergonzosa dualidad. García Moreno fue cristiano de una sola pieza:

cristiano en su vida privada y en la pública; cristiano en la intimidad del hogar y en el tráfago del los negocios: cristiano en su casa y en el Palacio de Gobierno.

Levantemos una punta siquiera del velo que ocultaba a los ojos de los hombres el santuario de esta alma singular.

Para que le sirviese de frecuente pasto al espíritu llevaba siempre consigo aquel libro inmortal de cada una de cuyas frases destila el néctar de sobre humana sabiduría: la Imitación de Cristo. Pues en las últimas páginas de este libro había consignado por escrito sus propósitos y resoluciones, resoluciones y propósitos que cumplía con escrupulosa exactitud. «Misa, rosario diario, Kempis, conservar la presencia de Dios .....; refrenar la lengua; hacer actos de humildad, como besar el suelo en secreto, y desear toda clase de humillaciones procurando no merecerlas. Alegrarme de que

censuren mis actos y persona; ser amable aún con los importunos De mis enemigos no decir nada de malo.... Trabajo útil y perseverante......; observar escrupulosamente las leyes. Examen de conciencia antes de comer y dormir....; confesión semanal al menos.... Todo a la mayor gloria de Dios exclusivamente».

Nó, no es posible leer estos propósitos sin sentir el alma profundamente conmovida: un Presidente que en pleno siglo XIX no se contenta con una virtud ordinaria sino que se esfuerza por escalar las más altas cumbres de la perfección y santidad es, confesémoslo sin ambajes, un espectáculo admirable y grandioso que edifica a los hombres, alegra a los ángeles, da gloria a Dios.

No pretendemos santificar con esto todos y cada uno de los actos de García Moreno; también él, a veces, pagó el tributo a la miseria y debilidad huma

poco faltó, digo, para que no muriera para siempre ahogada en su propia sangre. ¿Y qué pretendían los genios infernales, autores de esa horrenda catástrofe? Nada menos que cortar el lazo que une el cielo con la tierra, eliminar a Dios del gobierno de las sociedades, destronar al rey Cristo, o matar del todo, o siendo esto imposible, mantener en hierros perpetuos a la Iglesia católica y a su legítimo representante Nada menos que hacer del Dios verdadero, un Dios quimera, un Dios imposible, ya que un Dios sin soberanía universal y absoluta es un Dios absurdo a quien la razón desconoce; pues el Dios de la razón es un ser infinitamente perfecto, dueño absoluto de todas las existencias, cualesquiera que sean las formas de que se revistan. Querían, en una palabra, la negación de Dios; el ateísmo puro y simplemente. Pero no: yo me engaño, querían sustituír al Dios verdadero, al Dios católico por el dios hombre, conforme a la doctri-

na del viejo dragón de la tentación, *eritis sicut dii;* no del hombre individual, porque esto no lo habrían permitido ni el orgullo ni la envidia: sino del hombre colectivo, del hombre pueblo, del hombre estado; he aquí el objeto que perseguían, y que ¡ay! por uno de esos misterios terribles de la inescrutable Providencia que debían helar de terror a la humanidad, porque siempre son presagios del estallido tremendo de una cólera suprema, lo consiguieron en vastísimo sentido.

## III

En efecto, señores, hace cerca de cien años que casi todos los gobiernos de la tierra no reconocen otro origen de su autoridad, otra fuerza obligatoria de sus legislaciones, otro principio de su independencia y autonomía que la soberanía absoluta, radical, independiente del pueblo que la delega en el Estado su ungido. Hé aquí, señores, lo que

yo llamo la divinización del hombre, la idolatría del Dios pueblo y y del cristo-Estado, y la negación del Dios católico. No niego yo que la soberanía política resida en el pueblo quien la delega para su ejercicio en el Estado; pero esa soberanía ¿la tiene de sí mismo? ¿no la ha recibido de nadie? ¿de ninguna otra depende? He aquí lo que afirmo que no puede ser, so pena de que no haya Dios; so pena de que no haya sociedad y que el pueblo sea su propio Dios......! En efecto si hay alguna soberanía que de Dios no dependa, y que de Dios no traiga su origen, Dios deja de serlo, porque deja de ser la perfección infinita.

## IV

Sin embargo, señores, tal es la doctrina que se profesa sin escrúpulo y con increíble desenfado, aun por hombres que se dicen, y acaso se creen católicos; sino siempre y directamente y con fórmulas claras

y explícitas, al menos indirectamente y en la práctica. De el que el principio fundamental del origen divino de la autoridad yazga desde tiempo ha muerto y sepultado, y que se mire la pretensión de resucitarlo como un anacronismo digno de desprecio y de lástima. De aquí que en el mundo social se niegue a Dios el agua y el fuego; y que se considere como una muestra de religión el que se le permita por gracia refugiarse en sus templos a El, y a su Cristo, y a su Iglesia, y a su culto, y sus ceremonias; y eso a condición de que esos templos sean bastante mezquinos, desnudos e inservibles para no tentar la codicia soberana de los amos. De aquí también que los soldados de la guardia noble de ese Dios destronado se vean reducidos a la condición de parias, soportando todas las cargas, sin gozar casi ninguno de los derechos que las patrias reconocen a sus ciudadanos. Y esto, señores, ¿qué significa? ¿No quiere decir que Dios ha querido ser ven-

cido? ¡Tremenda victoria, señores. que debe llenarnos de espanto! Quién sabe si ella no anuncia que está ya para sonar en el reloj de la eterna justicia esa hora pavorosa que invoca este grito profético! «Levántese el Señor y sus enemigos sean aniquilados y huyan de su presencia los que le aborrecieron. Sean disipados como el humo; y así como la cera se derrite en presencia del fuego, así se consuman los pecadores ante la faz del Señor».

Cuando el siervo de Dios el Océano recibe el mandato de castigar a la tierra con sus poderosas aguas, no azota la playa espumoso y bramador: al contrario, desnuda su seno cavernoso, se retira a gran distancia, se replega sobre sí mismo, y cuando ha formado una inmensa montaña, se tumba con horrible estruendo, y cae de repente sobre la comarca culpable, y la despoja de la vida y la desnuda de los dones con que la naturaleza y

la industria la habían engalanado, dejándola convertida en páramo muerto y arenoso.

V

Empero, Dios no es ciego e implacable como su siervo el océano, o como su siervo el fuego, o como su siervo el terremoto. Al contrario, Él es rico en misericordia *Dives est in misericordia.* Por eso, aun cuando el vaso de la ira se haya colmado hasta los bordes, siempre resuena en las augustas profundidades del seno divino la súplica doliente de la infinita misericordia que pide perdón para el mundo culpable. Entonces se verifica en el corazón del Padre Dios una de esas contiendas inefables que la lengua del hombre no sabe expresar entre la justicia y la misericordia infinitas: aquella pidiendo el castigo de las audacias mortales, provocadoras de sus iras; y ésta demandando esperas y sugiriendo medios poderosos de conversión,

Casi siempre, señores, esta última es la que vence.

## VI

Fruto de una de esas victorias de la misericordia sobre la justicia, pienso yo, señores, que fue la misión fecunda y trascendental del grande hombre que tan justamente lloramos — Viendo Dios que la negra ola de la perversidad humana ya no podía subir más, puesto que había llegado al punto de negarlo y hacerse su propio Dios, *tactus dolore cordis intrinsecus*, «herido su corazón de dolor intensísimo», acaso como en los días de Noé, exclamó: *Poenitet me hominem fecisse super terram*. «Me pesa de haber criado al hombre sobre la tierra»; y adoptó esta resolución pavorosa: *Delebo hominem quem creavi a facie terrae*. «Borraré de la haz de la tierra al hombre que he criado» Pero al mismo tiempo, mirando las llagas de su Hijo, y oyendo el grito de misericordia que

de ellas partía, su brazo omnipotente cayó desarmado y dijo a su justicia: *adhuc modicum tempus*, esperemos un poco de más tiempo. Los hombres se han persuadido de que sin mí y sin mis santas leyes, les es posible regir y conducir sus sociedades al bienestar y a la ventura; y no sólo han creído esto sino que odian a mi Iglesia, órgano de mis voluntades, y la rémora más poderosa de su mentido progreso; y por más que sólo consigan amontonar ruinas, y ahogarse en la sangre y en el fango, prosiguen ciegos su obra de iniquidad y de exterminio, porque el vértigo de la demencia los posee *Venite*, venid, veamos si su mal tiene remedio. ¡Ea! tierra del medio día, brotad al hombre según mi corazón, *hominem juxta cor meum*; nazca el hombre que muestre a las naciones y a sus gobiernos por qué medios se conduce a los pueblos a la triple felicidad material, intelectual y moral. Dijo, y don Gabriel García Moreno apareció en esa tierra la

más vecina del cielo, a fin de que a ninguna mirada pudiera ocultarse; en esa tierra en que la naturaleza muestra con asombrosa exhuberancia sus más deliciosos encantos; en esa tierra de la luz más esplendorosa, de los bosques más hermosos y más aromáticos, de los ríos más caudalosos y más cristalinos, de las montañas más ricas y más encumbradas, de los volcanes más poderosos y más gigantescos, de los pájaros más brillantemente coloridos y más canoros, de los animales más raros y más variados; en esa tierra, en fin, llamada la República del Ecuador, tan digna de mejor suerte y tan cruelmente azotada por los escorpiones de esa política satánica que el demonio de la impiedad ha puesto en boga desde un siglo a esta parte. Allí nació pues ese hombre, a quien no trepido en llamar el más grande que la América latina haya producido.

## VII

En efecto, un personaje que reuna en tan alto grado todas las cualidades y todas las perfecciones que constituyen al hombre eminente, al hombre modelo en todo sentido, como el señor García Moreno, yo no lo encuentro, señores, ni aun en la historia de los siglos; y ¡vive Dios! que no exagero. Nacimiento ilustre, talento extraordinario, ciencia vastísima, erudicion extensa, elocuencia persuasiva y brillante, genio organizador, habilidad diplomática, valor e intrepidez indomables, pericia y arrojo militar, economista insigne, administrador eximio, patriotismo ilimitado, virtudes morales, virtudes cristianas en altísimo grado: todo lo era, todo lo poseía en escala vastísima nuestro incomparable personaje. Y si ni aún en las cumbres de la gloria podemos descubrir una síntesis más completa de todo lo admirable que pueda caber en un hombre, ¿sería posible

no ver en García Moreno al hombre encargado por la Providencia de una misión extraordinaria y trascendental? Esto sería desconocer los caminos que el Autor del mundo frecuenta en la dirección de su obra.

## VIII

¿Pero cuál era esta misión? La de resucitar a la vida y a la prosperidad material intelectual y moral a la desgraciada nación ecuatoriana, cuerpo dilacerado e inerte, inspirándole el espíritu vit l del catolicismo de que su alma estaba henchida; a fin de mostrar a todos los pueblos de la tierra que sin ese espíritu marchan rápida y fatalmente a la muerte; y que por tanto su conservación en donde existe, y su restauración en donde ha desaparecido, debe de ser la aspiración suprema de todos los gobiernos honrados y patriotas. Ved aquí, señores, cómo García Moreno desempeñó esta grande y fecunda misión.

El Ecuador no fue desde el principio un estado autónomo. Fracción de la Unión Colombiana, creada por el gran Bolívar, fue por largos años víctima de los horrores de la disolución causada por la ambición desmesurada, por los odios implacables de caudillos feroces que, empañados en el espíritu y en las ideas de la nunca bastante maldecida revolución francesa del 89, no concebían que pudiera haber república, ni progreso, ni patriotismo, allí donde imperaba Dios, y donde su Iglesia ejercía su acción pacífica y moralizadora. Los trastornos y los estragos sin cuento que esos hombres audaces, a la par que impíos, una vez adueñados del poder y de la fuerza, hacían sufrir a los pueblos, rompieron por fin la Unión Colombiana en 1830; y desde entonces el Ecuador fue dueño de sí mismo, y se constituyó en República independiente. Pero llevaba en su seno el virus de su origen y este virus no tardó en producir sus efectos, haciendo que

la guerra civil y la guerra extranjera se dieran la mano para convertir a aquella infeliz nación en un cadáver destrozado y sangriento. La revuelta y el motín, unidos con la persecución a la Iglesia la usurpación sacrílega de sus bienes, la proscripción de sus ministros, la profanación de sus templos, la expoliación y el destierro de los hombres honrados y de principios religiosos; en fin, el reinado del mal con todos sus horrores, hicieron descender muy bajo el nivel de la civilización cristiana en aquel hermoso cuanto desventurado país. Que si algunas ráfagas de bien social, moral y religioso se hicieron sentir bajo algunas administraciones, gobiernos descreídos, torpes engendros de la traición y la revuelta, no tardaron en sofocarlas en la sangre y en las ruinas. Enumerar los males que en el orden social, en el orden material, en el orden intelectual y en el orden religioso abrumaron, como una montaña de plomo, a aquella desgraciada nación

durante cinco o seis largos lustros, sería tarea que vuestra indulgente atención no me toleraría. Basta decir que el tesoro nacional estaba en bancarrota, las deudas públicas no se pagaban, el comercio era casi nulo, los intereses y las vidas de los ciudadanos carecían de garantías eficaces, la instrucción publica, o no existía del todo, o era un vano simulacro para infiltrar el error y la inmoralidad en el tierno corazón de la juventud; los vicios y la corrupción moral en sus infinitas manifestaciones, como era consiguiente no respetaban frenos ni barreras....!

No había hospicios, no había hospitales, no había cuarteles, no había cárceles, no había escuelas que mereciesen esos nombres, no había nada, y si algo había, el hierro y el fuego de las revueltas, impacientes de la morosidad del tiempo, se había encargado de reducirlo a humeantes escombros. Empero este Lázaro no estaba del todo muerto; o si lo estaba, Dios había determinado

resucitarlo. No sería ya la voz de su hijo la que exclamaría: *Lazare, veni foras*, pero sería la voz del siervo de su Hijo, que apoyado en la omnipotencia de su fe religiosa, haría con su pueblo lo que Cristo con el muerto de Betania: lo evocaría a la vida material, intelectual y moral.

## IX

Tal era la empresa que debía acometer un joven de pocos años, cuya voz de profesor se hacía oír a la sazón en las aulas de la Universidad de Quito, captándose la estimación y la admiración general, no menos que por su vasta ciencia, por la severidad y pureza de sus costumbres y por la firmeza incontrastable de sus creencias católicas. Nacido en Guayaquil en 1821, de una noble e ilustre familia, se dedicó desde temprano a la carrera de letras, comenzando sus estudios preparatorios en el convictorio de San Fernando, y terminándolos al

despuntar apenas los albores de la juventud, gracias a su esclarecido talento y a su extraordinaria laboriosidad, en la Universidad de Quito. Su mérito sin competencia, especialmente en las ciencias físicas y matemáticas, a que con más entusiasmo se dedicara en fuerza de la índole de su espíritu práctico y exacto a la vez, le alcanzó apenas salido de los bancos del alumno, una de las cátedras universitarias más importantes. Corazón inflamado por todos los nobles amores, amaba con pasión la ciencia, y este amor lo llevó por dos veces a registrar las entrañas candentes del formidable Pichincha, a fin de enriquecer con nuevos datos el tesoro de los conocimientos humanos; la primera en enero de 1845, asociado a su maestro el insigne matemático Wisse; y la segunda, tres años más tarde. Fruto de aquella ascensión fue un excelente folleto que le mereció los aplausos del naturalista más eminente de este siglo, el barón de Humboldt, con-

signados en su obra monumental *El Cosmos*. Pero aún fueron más valiosos y precisos los resultados de la segunda, pues que por ellos llegó a pronosticar la grande erupción y el espantoso terremoto a Quito y a los pueblos circunvecinos el 19 de Marzo de 1859. Estos y otros antecedentes hicieron tan universalmente reconocida la superioridad científica de García Moreno, que el Gobierno del General Urbina, a pesar de contarlo en el número de los más temibles y ardientes enemigos de su administración, se vió obligado a nombrarlo Rector de la Universidad. En efecto, señores, la ciencia Sud Americana no consigna en sus anales, ningún nombre tan preclaro como el de García Moreno, y las demás repúblicas hermanas de este continente no harán más que un acto de justicia cediendo en este punto la palma a la hija esclarecida del Huairas.

X

Ni creáis, señores, que era el soplo del egoísmo el que encendía en su corazón este anhelo por enriquecer su espíritu con los tesoros del saber. No, no fue el viento de la vanagloria el que hinchó la vela que por dos veces lo condujo a las playas del viejo mundo, a fin de libar en sus emporios científicos el néctar de los conocimientos naturales acumulados por tantos grandes genios, prez y honor del linaje humano. Ni fue tampoco ese móvil el que le hizo adquirir a costa de sacrificios, como es de colegirse de su escasa fortuna, un magnífico laboratorio que le proporcionó el medio de enseñar gratuitamente en la Universidad de su patria la física y la química a la juventud numerosa. Nó, su espíritu nobilísimo se espaciaba en esfera más encumbrada; él buscaba, no ese menudo polvo dorado que se llama gloria, que el viento del olvido disipa tan

prontamente, sino la sólida roca sobre que debía sentar en su patria el espléndido edificio de la ciencia y de la religión ilustrándose mutua mente; y a fe, señores, que tenía razón por demás. Porque si hay algo que justifique y evidencie ante la razón misma las magníficas ideas que el cristianismo nos da sobre la naturaleza y perfecciones inefables del Autor del universo, es el estudio profundo de los fenómenos de ese mismo universo; y si hay algo que imponga a nuestro espíritu cortapizas y barreras saludables para no extraviarse en hipótesis antojadizas y desatinadas, que tanto perjudican y falsean los datos de la verdadera ciencia, es esa luz divina bajada del cielo que se llama la religión católica.

Tal era, señores, la atmósfera en que el señor García Moreno vivía; en esta región serena de su alma nobilísima descollaba como la cumbre del Pichincha; él no veía con indiferencia reventar a sus pies la tempestad sobre la tierra de sus

amores. ¿Su corazón podía mirar con ojo impasible los girones sangrientos de su patria desgarrada? Ah! no, señores, en su corazón ardía el fuego del patriotismo con una voracidad increíble, pero no de un patriotismo vulgar, de un patriotismo ávido de popularidad, de un patriotismo ambicioso que pone la mira en el poder y en la gloria que divisa al través de la patria salvada, sino de un patriotismo santo, divino; bebido en las fuentes purísimas de la fe y de la piedad catolicas, aprendido en el regazo de su madre la santa Iglesia. Semejante patriotismo salva a la patria sin querer ni esperar recompensa; salva a la patria por deber y por amor, y la salva con humildad.

Ahora bien, señores: entre el libro: entre las retortas y la salvación de la p tria, García Moreno no podía trepidar. Pero la patria no podía salvarse sin batallas. Pues bien, habrá batallas: atrás el sabio, paso al guerrero. Sin embargo, ¿cómo guerrear cuando la guerra

vive de la sangre, y esta es horrible a su alcurnia espiritual, pues es hijo fidelísimo de la Iglesia, la cual tiene horror a la sangre? Terrible trance para García Moreno! Empero, hé aquí un medio que puede resolver el problema: hay dos especies de batallas; las batallas del espíritu y las batallas del brazo; las primeras nada tienen de incompatible con el espíritu de la Iglesia; se lanzará pues en ellas, y sólo después de agotados todos los recursos de este género, impelido por una necesidad extrema, tentará la suerte de las segundas.

Vedlo aquí, pues, señores, en campaña, blandiendo con ardor infatigable la doble espada de la palabra escrita y de la palabra hablada. Periódicos, hojas sueltas, folletos en que la verdad del pensamiento, la inflexibilidad de la lógica y la energía del patriotismo corren parejas con la armonía y brillantez del estilo, todo lo intenta, todo lo acomete, todo lo pone por obra para arrancar la patria a las

sangrientas garras de la tiranía demagógica. Entre otros trabajos de su ingenio esclarecido no es posible olvidar una magnífica apología de esa institución admirable, de esa vanguardia del ejército de la verdad, de esa víctima inmortal de todos los odios impíos, siempre atacada y siempre firme en la brega, siempre inmolada y siempre viva: Anteo verdadero a quien no se derriba sino para que se levante con nueva pujanza y ardimiento más indomable; amazona del cielo, a quien en vano se esfuerzan por ultimar los hércules del error, siempre destrozados por ella en todas las campañas del espíritu: la Compañía de Jesús, en una palabra, esta hija incomparable del gran capitán de Loyola, escudo de diamante, al par que imagen perfecta y acabada de esa otra guerra engendrada por el Cristo, la grande, la divina Iglesia Católica.

Ella no podía ser perdonada por la demagogia anti-social y anti-religiosa entronizada en el Ecuador,

y los jesuítas fueron expulsados, como siempre en nombre de la libertad, este dón divino de nuestra especie, del que los hombres del *libre-pensamiento* han hecho un carcelero y un verdugo. García Moreno no podía llevar en paz el que así se privase a su patria y en especial a la juventud de los maestros más idóneos para formar su inteligencia y su corazón en la verdad y en la virtud; semejante atentado no podía pasar sin una protesta al menos de su parte, y la hizo, señores, tan sabia, tan erudita y tan elocuente como era de esperarlo de su gran genio y de su gran corazón. Ni flameó menos poderosa en sus manos la espada de la palabra hablada: truena en los Congresos como Senador de la República; perora en los comicios públicos y en los círculos privados; aprovecha cuantas ocasiones se le presentan para mostrar a todo el que quiere oírle el abismo insondable de males materiales, intelectuales y morales en que precipitan

el carro de la República sus torpes y perversos conductores, pero todo en vano, señores: el espíritu de partido anticatólico, sobre todo en los tiempos que atravesamos, o no tiene oídos, o ha hecho el juramento de cerrar el paso a toda idea salvadora que parta del campo del bien y de la verdad El odio implacable de los enemigos de su patria, las persecuciones, las cárceles, el destierro, he aquí los frutos que García Moreno cosechó de su infatigable empeño por salvar a su país, valiéndose de los medios pacíficos y legales.

## XI

Empero, semejante estado de cosas no podía ser duradero. Uno de esos trastornos políticos tan frecuentes en los pueblos trabajados por la irreligiosidad y el desgobierno, lo eleva, sin pretenderlo, a las alturas del poder, en un triunvirato provisorio de que forma parte, cabiéndole en suerte la dirección de

la guerra contra el gobierno derrocado por la parte más sana y más sensata de la nación. Vedlo aquí, señores, esgrimiendo la espada de las batallas y obligado dolorosamente a derramar la sangre que habría querido economizar a toda costa, si la salvación de la Patria no hubiera estado de por medio. García Moreno no era soldado: era solamente un sabio, un gran político, un diplomático eminente.

Sin embargo, su valor personal indomable y su ardimiento patriótico sin límites, junto con su incuestionable habilidad, lo hacían capaz de todo. Estas cualidades lo improvisan general; pero qué general? Acaso la deficiencia sólo de un teatro más vasto, y de sucesos más trascendentales para los destinos generales de la humanidad sea el único impedimento que encuentre la historia para señalarle su puesto como guerrero al lado de los Alejandros, de los Césares y de los Napoleones. Yo no os referiré, señores, todos los brillantísimos ha-

chos de armas con que el caudillo de la religión y de la patria se cubrió de gloria en sus difíciles y numerosas campañas contra los enemigos de Dios y de la sociedad, esto me haría interminable. Os indicaré sólo dos hechos, bastantes, en mi concepto, para haceros barruntar la grandeza militar del héroe que lloramos.— Hallábase García Moreno en Riobamba a la cabeza de un cuerpo de tropa poco numeroso, cuando estalla de improviso un motín de cuartel que pone su vida en inminentísimo peligro. ¿Qué hace el intrépido jefe? Burla sagazmente la vigilancia de sus carceleros, reune a la ligera unos cincuenta hombres, y corre en seguimiento de los amotinados que después de saqueada la ciudad, se habían puesto en marcha, camino de la capital; alcanzarlos y caer sobre ellos, y destrozarlos completamente fue todo uno, no obstante que su número subía a doscientos veteranos bien armados. Yo no sé, señores, que más habría podido

exigirse del capitán más afamado en los fastos de la guerra. Pero he aquí otra y de una trascendencia mucho más grande. Tres caudillos ecuatorianos, manchados con el crimen de la traición hasta el punto de vender a su patria al enemigo extranjero y militar bajo sus banderas, no escarmentados con sus repetidas derrotas, y agregando al de la tración el oprobio de la ingratitud contra el jefe generoso que más de una vez les había hecho merced de la vida, logrando sublevar en Guayaquil la armada nacional. No tan pronto lo sabe en Quito el denodado Presidente, cuando rápido como el rayo, parte al lugar del suceso, salva en pocas horas el largo y penosísimo camino que no podía hacerse sino en muchos días, se apodera audazmente del vapor inglés Talca, lo arma en guerra a toda prisa, cae sobre el enemigo en Jambelí, y destroza completamente su armada fuerte de cinco naves de línea, tomando prisioneros a algunos de los caudi-

llos con las armas en la mano, permitiendo esta vez que la espada de la justicia caiga con todo su peso sobre esas cabezas culpables del más feo de los crímenes, tantas veces perdonados, y tantas veces empeñados en desgarrar las entrañas de la patria. He aquí, señores, el hecho principal que ha valido a García Moreno de parte de la envidia y del odio más feroz e implacable lo nota de tirano, cruel, sediento de sangre y de matanza. No me empeñaré en justificar este hecho, porque basta exponerlo. Después de estas proezas, dignas sin duda de la inmortalidad, no tengo señores, para qué reproducir los nombres de Sabun, Yagui Babahoyo, el Salado, y toma de Guayaquil con que terminó la espléndida carrera militar del genio que admiramos: nombres indelebles en la memoria de los hijos del Guayas, y que son otras tantas hojas de oro de la corona de gloria que ciñe la augusta frente del regenerador de su patria. Entonces ¡oh dicha! llegó

para él la hora suspirada de volver a su vaina la espada de la justicia, del deber y del patriotismo, que solo una necesidad tan cruel como imperiosa lo había obligado a desnudar como el recurso supremo para salvar la patria convulsa y expirante.

¡Y este es, señores, el hombre a quien se ha tenido audacia para llamar tirano, feroz! Sí, tirano a la manera de los Macabeos, de los Camilos y de los Tulios. «Nadie dirá, decía él a sus amigos, que he fusilado a alguno a quien no le haya perdonado la vida lo menos siete veces». «En días pasados, escribía también a un amigo suyo, de vosotros bien conocido, envió Urbina del Perú un emisario para promover un trastorno. Trajo éste cartas de crédito torpemente falsificadas; fue tomado y condenado a muerte, y le conmutó la pena en algún tiempo de prisión, poniendo en libertad a los demás sindicados. ¡Esta es la tiranía que tanto censuran los liberales! (carta fechada

en Guayaquil el 25 de Marzo de 1870). Pero dejemos ya al héroe de las batallas cubierto de inmarcesibles laureles, y vengamos al regenerador de la Patria por cuya vida había arrostrado mil veces la muerte en cien combates.

## XII

Desmontado estaba ya el terreno, arrasadas las breñas, descuajadas las malezas venenosas, y preparado el surco para recibir el grano de la vida material, intelectual y moral, que madurado por el sol de la fe católica, y regado por las aguas fecundas que brotan de las fuentes del Salvador, debía dar frutos preciosos y centuplicados García Moreno era el hombre designado por la Providencia para el cultivo de esta heredad de la cual quería hacer un modelo; y él estuvo lejos de mostrarse rehacio en el desempeño de tan importante misión: la comprendió y le consagró todas sus fuerzas y su vida. Durante su primer pe-

ríodo gubernativo, su actividad prodigiosa, monopolizada, digámoslo así, por las exigencias de una guerra interior y exterior, indispensable y previa a la regeneración social y religiosa del país, no pudo desplegar toda la llama de su energía en el sentido de sus vastas concepciones Sin embargo ese período que duró desde 1860 hasta 1865, estuvo muy lejos de ser estéril, pues que en él echó las bases de la obra de la reforma consignadas en la Carta Constitucional votada por la gran Convención reunida en Quito en 1861; Constitución que si distaba mucho de la perfección a que su autor aspiraba, por haber tenido que dejar algunas y tolerar principios sin los cuales no habría sido aceptada, atendidas las ideas a la sazón dominantes, no por eso dejaba de ser un gran paso en el camino de las reformas, y de zanjar el cimiento sobre que debía levantarse el grandioso edificio de la nueva Constitución sancionada a principios de su segundo período;

obra monumental de sabiduría, de lógica, de buen sentido práctico, e impregnada del más puro y sólido catolicismo, tal cual lo exigían la elevación de las ideas y el amor al bien que las influencias de su genio y su acción eficacísima venían haciendo germinar incesantemente desde su primera elevación al poder, aun durante el reposo de la vida privada.

Esta obra, señores, es en mi concepto, uno de los rayos más brillantes de la inmortalidad del héroe que lloramos; y no dudo que la historia imparcial la tomará un día en sus manos para colocarla entre las piedras más preciosas que destellan en el altar de su memoria. Sí, ella no podrá menos que hacer del Ecuador la verdadera República modelo mientras se la respete y se la observe religiosamente como el testamento sagrado de su gran regenerador.

## XIII

Una vez desembarazado de la guerra y establecida la base de la Constitución, el señor García Moreno no pensó más que en aplicar toda la fecundidad de su genio y la energía de su voluntad a la grande obra de la regeneración de la República. Decir que su acción fue incesante en este sentido, especialmente durante su segundo período gubernativo, que comenzado en 1869, fue cortado sólo cuatro días antes de espirar por el puñal aleve de infames asesinos, vale tanto como indicar uno de los rasgos más característicos y estimables del personaje que lloramos, su inquebrantable constancia.

Fuerte y tenaz fue su resistencia para subir de nuevo a las alturas del poder; pero una vez convencido de que la religión y la patria reclamaban verdaderamente el auxilio de su robusto brazo dócil a la voz de su conciencia, a la que siemdre

obedecía con pronta sumisión, no trepidó en hacerles el sacrificio de su vida, cuyo fin lamentable presentía con una certeza que podría llamarse profética. Sí, él se consideró desde entonces como una víctima que más tarde o más temprano debía ser inmolada por la infernal ferocidad de los enemigos de la patria y de la religión, a causa del miedo cerval que su energía y su valor les inspiraba. De aquí su consagración más asidua al ejercicio de las virtudes cristianas, su fe más viva, su esperanza en Dios más inquebrantable, y el redoblamiento de su más tierna caridad y de su más inflamado fervor religioso. Si hubiera de daros detalles a este respecto no tendría cuando terminar. Pero no lo olvidéis, señores: se trata del jefe supremo de una nación en la última mitad del siglo XIX.... ¡es decir, cuando Dios y la religión son plantas exóticas y desconocidas en el campo de la política!

## XIV

Para indicaros siquiera, señores, algunos de los bienes que el llorado Presidente del Ecuador, inspirado por su fe religiosa y por su exuberante y purísimo civismo, derramó sobre su amada patria como un torrente desbordado, en el triple orden material, intelectual y moral, los límites que debo imponerme apenas me permiten extractar algunos rasgos de ese documento de oro, de esa reliquia sagrada, de ese testamento legendario semejante a los en que los patriarcas de las antiguas edades legaban a sus hijos desde el lecho mortuorio la herencia de la virtud, el pan de la verdad, las máximas de la vida y el augurio de las bendiciones del cielo; hablo de ese último mensaje biennal con que debía inaugurar las próximas sesiones del Congreso legislativo, y que recientemente terminado, guardaba en su pecho cuando el puñal parricida vino a destrozar la tela de su preciosa existencia.

¡Oh Providencia divina, vos hicisteis que la sangre del mártir sellara esa última voluntad de vuestro escogido, a fin de que fuera sagrada e inviolable para sus hermanos por cuyo amor la derramaba! Al leer, señores, este documento, lágrimas de admiración y de enternecimiento saltan de los ojos más indiferentes; en vista de él, uno no puede menos de exclamar: este hombre no solamente era un héroe, un gran magistrado, un eximio patriota: era también un cristiano modelo en toda la extensión de la palabra.

## XV

Hé aquí, señores, algunos de los datos que arroja el mensaje aludido. No me negaréis que sin tesoro público no puede haber en una nación prosperidad material. Pues bien, del citado documento se desprende que en el Ecuador no había tesoro público, pues lo que había era la bancarrota; ahora bien, García Mo

reno lo crea. El Ecuador estaba abrumado de deudas exteriores e interiores insolubles: García Moreno las liquida, extingue algunas, destina fondos de amortización y paga los intereses de otras, las arregla todas. En los últimos cinco años, las rentas públicas casi se elevan al cuádruplo, y esto no sólo sin aumentar las contribuciones, sino obteniendo del Congreso ¡cosa inaudita! la supresión de algunas y la disminución de otras.—El Ecuador no tenía caminos, y hé aquí como García Moreno se expresa al terminar su gobierno: «En resumen, la República al fin de estos seis años tiene 300 kilómetros de carreteras, con un gran número de hermosos y sólidos puentes de cantería; 41 y medio kilómetros de ferrocarriles en servicio, y unos 400 kilómetros de buenos y nuevos caminos de herradura».—El Ecuador no tenía hospitales, o los tenía inservibles; y él los fundó, o los refaccionó y dotó convenientemente encomendando su administración a

esos ángeles blancos que peregrinan acá en la tierra bajo el nombre de *Hermanas de la Caridad*, y que andan a caza de almas al mismo tiempo que curan los cuerpos. Levanta desde los cimientos casas de huérfanos, y una para expósitos con sala de asilo.—No tenía cuarteles adecuados, ni ejército bien organizado; y él construye anchos y cómodos cuarteles, organiza, aumenta y arma el ejército conforme a las exigencias, y con las armas perfeccionadas de la guerra moderna.—No tenía cárceles seguras y en las condiciones que exige la misericordia cristiana; y él las repara, las mejora, hace otras nuevas, y levanta desde sus cimientos esa penitenciaría que él mismo llama *imponente* y *grandiosa*, y que acaso no tiene rival en la América del Sur.

¿No es verdad, señores, que todo esto es admirable, prodigioso? ¿De dónde podía este hombre singular proporcionarse fondos para llevar a cabo obras tan colosales y en tan

corto tiempo? A la verdad, yo no lo sé, pero si se lo preguntáis a él mismo, os dirá que todo es debido a la bondad especial de Dios sobre el Ecuador y a la libertad completa que allí se había dejado a la Iglesia para ejercer su acción saludable y benéfica, moralizando a los pueblos, y generalizando en todas las esferas sociales la honradez y el trabajo, manantiales perennes y abundosos de toda suerte de prosperidad material. Por manera que según él, la máxima del Evangelio: *Quaerite primum regnum Dei et justitiam ejus et haec omnia adjicientur vobis:* Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura, recibía en el Ecuador su más exacto cumplimiento. Por lo demás, él se contaba por nada, y practicaba a la letra este precepto divino: *Cum feceritis omnia quae praecepta sunt vobis, dicite: servi inutilis sumus, quae debuimus facere fecimus.* Cuando hubiereis hecho todo lo que os está mandado, decid: somos siervos inú

tiles, no hemos hecho más que cumplir con nuestra obligación. Una vez más, señores: no se trata aquí de un anacoreta, sino del jefe supremo de una nación en el último tercio del siglo XIX.

## XVI

Empero, economizad, os ruego, vuestra admiración; no habéis visto más que la parte menos importante de la obra de nuestro héroe. El sabe que el hombre no vive de sólo el pan material; sabe que las naciones necesitan aún más de ese otro pan divino que da vida a las inteligencias, la verdad, y que ésta no se alcanza sino por medio de una instrucción sólida y religiosa, dada por maestros ejemplares y competentes que dispongan al mismo tiempo de los elementos materiales necesarios.

Mira, pues, como uno de sus deberes más sagrados el prestar una atención preferente a promover este bien esencial en el pueblo que

la divina Providencia ha confiado a su dirección. Y esto, porque siendo para él la religión el más esencial de todos los bienes sociales, no puede olvidar la sentencia del gran Bacón que «la escasa instrucción conduce a la incredulidad, mientras que una instrucción sólida y abundante conduce a la religión». Demasiado le había hecho conocer la exactitud de esta máxima su profunda y concienzuda experiencia de los hombres y de las cosas en los menguados tiempos que atravesamos. Por eso, señores, su afán por difundir la instrucción pública, raya casi en lo exagerado. Si queréis saber, siquiera someramente, los resultados que obtuvo, escuchadle a él mismo en el tantas veces citado mensaje al Congreso legislativo, teniendo presente que a su advenimiento al poder, la instrucción estaba en el Ecuador en estado deplorable: «Aun más consolador, dice, es el progreso que se nota en la instrucción pública en todos sus ramos. En la primaria,

el número de escuelas se ha aumentado con 93 nuevas en los dos últimos años, y el número de alumnos ha subido a 32.000», de 13.000 y tantos a que ascendía el año 67. Respecto de la moralidad y competencia de los maestros, baste decir que la instrucción primaria la puso en excelentes manos, especialmente en las de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, reputados por los mejores institutores de Europa. en donde, a pesar de la iniquidad de los tiempos, se les ha acordado los primeros premios en los concursos más famosos de ese género. Mas feliz que nuestros celosos prelados, él pudo traer del viejo mundo un buen número de estos maestros modelos, que aquellos tan empeñosa como inutilmente han solicitado para formar el corazón y la inteligencia de la infancia, germen dichoso o funesto del porvenir. Con este antecedente no necesita el señor García Moreno aseverar que la instrucción es en aquella nación regenerada *esencialmente cristia-*

*na y sobre todo católica.* La instrucción secundaria y superior fue confiada a esa pléyade de hombres admirables por su virtud y su saber, perteneciente a los diversos institutos religiosos dedicados a la enseñanza que la Iglesia católica profunda conocedora de las exigencias y necesidades de todas las épocas, ha hecho brotar de su seno en los últimos tiempos. Entre ellos figuran en primera línea los alumnos de la inmortal Compañía de Jesús, esta maestra de la ciencia católica de tres siglos tan injustos como ingratos. En cuanto a lo material, el infatigable Presidente construye una Escuela Politécnica, en nada inferior a la de París por los ramos que abrasa, y por lo adecuada a su objeto; un Observatorio astronómico *que es el ornato más brillante de la capital*, y sin duda el primero del mundo por su situación cosmológica; numerosos y excelentes colegios de instrucción secundaria, entre los cuales figura ventajosamente el de San Gabriel, nom-

bre impuesto por la gratitud del pueblo para perpetuar con el nombre la memoria de su insigne bienhechor; escuela de cirujía y de medicina; conservatorios de música y de bellas artes; escuela normal de preceptores, y qué sé yo cuántas otras obras de este género. Todo esto, señores, que bastaría para colmar la medida del anhelo más exorbitante por la difusión de las luces intelectuales, no alcanza sin embargo a satisfacer el de nuestro héroe: aspira todavía a establecer una escuela en cada una de las parroquias de la República, y colegios en todas las provincias; y solo al hierrro nefando de sus infames verdugos debe el Ecuador que tales proyectos no fueran bien pronto felices realidades, como todos los de ese genio extraordinario, para quien lo imposible no era más que una palabra.

Por eso lo vemos desplegar con ardor increíble el celo de un Apóstol por implantar, fecundar y desarrollar los gérmenes preciosos de

la única religión verdadera que felizmente no estaban del todo muertos en el suelo ecuatoriano. Si os dijera pues que, animado de este espíritu, dotó a su país con las Congregaciones religiosas más apostólicas que la fecundid d maravillosa de la Iglesia católica ha producido en los tiempos modernos; que promovió el perfeccionamiento de las antiguas ya existentes hasta elevarlas al nivel del objeto con que fueron instituídas; que edificó nuevos templos y nuevas casas para albergar a los ministros del Señor; que en el entusiasmo de su piedad religiosa, no perdonó medio alguno a sus alcances para enaltecer y propagar la piedad, y procurar el decoro, la suntuosidad y la magnificencia del culto público, cual cumple a pueblos vivamente penetrados de las grandiosas ideas que acerca de la Divinidad suministra la Iglesia católica; que no contento con inocular así la religión y la piedad en la parte civilizada del pueblo ecuatoriano, extendió tam-

bién el incendio de su celo hasta las regiones incultas habitadas por la barbarie, que sentadas en las tinie blas y en las sombras de la muerte, jamás habían visto los esplendores de la luz evangélica, ni gustado el pan de la verdad, ni bebido el agua que lleva hasta la vida eterna: confiándolas a celosísimos misioneros, a esos ángeles de la luz que la Esposa del Cordero divino engendra y esparce a los cuatro vientos para llevar el día de los eternos esplendores a los hijos miserables de la noche sin aurora; si os dijera, señores, todo esto, no haría más que indicar algunos de los infinitos esfuerzos del gobernante modelo que admiramos, por arraigar en su país la santa y pura moral, valiéndose de su única fuente, la religión católica.

## XVII

Henos aquí, señores, en presencia del deseo más ardiente, de la aspiración más viva, de la esperan

za más colosal, de la obra más gloriosa y más trascendental de nuestro ínclito personaje, la restauración moral de su patria; hé aquí el centro en que todos los rayos de la esfera de su actividad convergen. El prodiga su sangre y su vida para restablecer la paz y el orden; sin hacer prodigios de genios, para crear el bienestar material; si se excede a sí mismo en la difusión de la instrucción pública, es todo con el fin de establecer sobre bases sólidas el reinado de la única verdadera moral en el Ecuador, sin la cual no sólo no hay felicidad, pero ni siquiera vida duradera para las naciones. Pero no creáis, señores, que él quiere para su pueblo esa moral falsamente denominada filosófica esa moral sin Dios, y por consiguiente absurda, tan en boga en los tristes tiempos que alcanzamos. No, su ilustración es demasiado sólida y demasiado vasta para no comprender que la moralidad es absolutamente inseparable de la religión verdadera; para no estar

persuadido de que una moral atea, o si se quiere, apoyada en dioses forjados en la fragua de las concepciones humanas, es un edificio fantástico, suspendido en el aire, que no resiste al más ligero soplo de la razón en las regiones de la ciencia, y que el ariete del egoísmo demolerá al primer golpe en el campo de la práctica.

Pero yo no puedo olvidarte, ¡oh protesta gloriosísima o acto de inestimable valor, de profunda convicción religiosa, de franca y noble justicia: acto solemne con que ese hombre una y mil veces grande protestó ante la faz del mundo, contra esa iniquidad cobarde y salvaje cometida por un gobierno que se apellidaba catolico contra ese anciano sagrado ese padre del género humano regenerado por Jesucristo ese plenipotenciario del cielo, esa gloria sin par de la humanidad, el santísimo, el dulcísimo, el incomparable Pío IX despojándolo, por un abuso incalificable de la fuerza, de la herencia que a su trono sagra

do habían respetado los siglos y hasta los bárbaros, y relegando su gloriosa y veneranda ancianidad a dura y sacrílega prisión. Sí, no puedo olvidarte santa protesta, porque tú me das la medida de la grandeza moral del hombre que te hiciera; no puedo olvidarte, porque tú me revelas que entre todos los mandatarios que se dicen católicos, García Moreno fue el único que supo elevarse a la altura de tan glorioso título, el único que supo imprimir a la injusticia y a la iniquidad el estigma merecido No puedo, en fin olvidarte, porque tú eres la lección más elocuente que puede darse a los poderosos de la tierra, de la actitud que deben tomar en presencia de los atentados de la fuerza contra la debilidad, de la usurpación contra el derecho, del crimen contra la inocencia! Lección estéril, señores, pero no por eso menos gloriosa para el maestro que la dictara, pues no fue culpa suya el que la potencia de su brazo no correspondiera al vigor de su cora-

zón ardoroso Prueba de ello fue ese óbolo mensual que, de acuerdo con el Congreso, su patria ofreció al sagrado cautivo para socorrer su indigencia, en testimonio del vivísimo interés y acerbo dolor con que su ternura filial miraba los infortunios de su padre según el espíritu; óbolo que, atendidas las escaceses de la nación que lo ofrecía por medio de su cristianísimo jefe, importaba, a pesar de su pequeñez, un dulce y meritorio sacrificio

Menos puedo abstenerme de pediros toméis nota de otro rasgo deliciosamente sublime de éste magistrado admirable y que manifiesta, no ya sólo su empeño por hacer religioso a su pueblo, sino su ardor por comunicarle la dulce y divina pasión que abrasaba su alma de santo: hablo de su amor seráfico al divino Redentor del género humano. No contento con alimentar en sí mismo este fuego sagrado, quiere también incendiar con él a su patria querida. Con este objeto solicita y obtiene del Congreso na-

cional una ley por la cual la República entera del Ecuador se consagra solemne y perpetuamente al sacratísimo Corazón de Jesús! He aquí, señores, un acto de religión que pudiera calificarse talvez como el más heroico que pueda poner por obra un gobernante católico en su calidad de tal, dadas las circunstancias que alcanzamos; acto que no es ya la religión simplemente, sino la flor más bella, la esencia más pura el aroma más delicioso de la religión. Yo no sé que más pudiera pedirse a la santidad de los Enriques de Alemania, de los Carlo magno, de los Estevan de Hungría, de los Luises de Francia, de los Eduardos de Inglaterra y de los Fernandos de España. No negaréis que la revolución social que hoy reina en casi todo el mundo político ha descendido, si no todavía en los hechos, a lo menos en las ideas, al nivel de la revolución francesa del pasado siglo. Pues bien, vosotros recordáis talvez que cuando Robespierre obtuvo de la Conven-

ción que decretara la *existencia del Sér Supremo*, y la promulgó solemnemente, gritos furiosos partidos de la Montaña acusaron a Robespierre de fanático y reaccionario. Ahora bien, ¿qué aullidos salvajes, qué ultrajes sangrientos, qué rabias feroces no debía merecer, y no mereció en efecto García Moreno de esa otra montaña sulfurosa de la prensa contemporánea, por el delito incalificable de lesa patria, de leso progreso, de lesa civilización, perpetrado con el acto de consagrar la República al Divino Corazón de Jesucristo? Y bien ¿cómo recibía él esa algazara infernal de denuestos, de improperios y de sangrientas amenazas? Con una sonrisa de lástima para ellos, y con una alegría inefable para sí mismo, al verse denostado por los enemigos de Dios y del bien; *Ibant Apostoli gaudentes.... quoniam digni habiti sunt pro nomini Jesu contumelian pati:* los Apóstoles iban llenos de contento porque habían sido hallados dignos de sufrir contu

melia por el nombre de Jesús. Oid como se expresaba en carta fechada n Quito a 18 de Marzo de 1871, dirigida al mismo personaje que antes os he indicado: «Las injurias y las calumnias de la prensa masónica o liberal han llovido otra vez sobre mí; pero esto, en vez de irritarme, me alegra, a causa de aquellas palabras divinas: *Beati estis cum maledixerint vobis*, etc. —Talvez hay de mi parte mucho de presunción; pero no puedo evitar la involuntaria alegría de que me siento poseído al verme calumniado e injuriado sin tregua por los adversarios de la Iglesia». Estas palabras no necesitan comentario; sin embargo me permito llamar vuestra atención a ese temor de incurrir en presunción por su involuntaria alegría; porque ello pone en transparencia la exquisita delicadeza de esa alma, tan tímida ante Dios y su conciencia, como intrépida y arrogante ante los enemigos de Dios y de la Patria.

Yo no puedo terminar, señores,

esta parte de mi discurso, sin pediros permiso para daros lectura de un precioso extracto del tantas veces citado documento póstumo del señor García Moreno, porque él resume todo lo que llevamos dicho. «A la libertad completa de que goza la Iglesia entre nosotros, y al celo apostólico de nuestros virtuosos pastores se debe la reforma del clero, la mejora de las costumbres y la reducción de los delitos.... A la Iglesia le debemos también las corporaciones religiosas que tantos bienes derraman con la enseñanza de la infancia y de la juventud, con la asistencia de los enfermos y desvalidos, con la renovación del espíritu religioso, en este año de jubileo y santificación, y con la reducción a la vida cristiana y civilizada de más de 9 000 salvajes de la provincia del Oriente, donde urge, por su extensión vastísima, la fundación de un segundo Vicariato, si me autorizáis para solicitarlo de la Santa Sede». Cierto que a la Iglesia eran debidos todos esos

beneficios; pero ¿habría podido realizarlos sin vos, Presidente modelo, que fuisteis el brazo poderoso de que la Providencia divina se sirvió para destrozar las cadenas con que leyes inicuas y gobiernos descreídos trababan antes allí, como traban ahora en casi todo el mundo su acción benéfica y salvadora?

Pero conceded, señores, un momento más la palabra a esa boca de oro de donde brota la verdad empapada en la misteriosa solemnidad de las tumbas. Es la bendición suprema y el supremo consejo que envía desde allende las fronteras de la vida, a los representantes de su patria regenerada. «No perdáis de vista, legisladores, les dice, que todos nuestros pequeños adelantos serían efímeros e infructuosos si no hubiéramos fundado el orden social de nuestra república sobre la roca siempre combatida y siempre vencedora de la Iglesia católica. Su enseñanza divina, que ni los hombres ni las naciones reniegan sin perderse, es la norma de nues-

tras instituciones y la ley de nuestras leyes. Hijos dóciles y fieles del venerando anciano, del pontífice augusto e infalible a quien todos los poderosos abandonan cuando vil y cobarde la impiedad le oprime, hemos continuado enviándole mensualmente el pequeño auxilio pecuniario que desde 1873 le destinasteis Ya que nuestra debilidad nos fuerza a ser pasivos espectadores de su lento martirio, que reciba a lo menos, en esa tan corta dádiva, una muestra de ternura y de c riño y una prenda de obediencia y fidelidad».—Hé aquí, señores, palabras y sentimientos que no desdeñaría la boca y el corazón de ninguno de los santos que veneramos en nuestros altares. Y esas palabras y sentimientos los encontraréis constantemente en donde quiera que García Moreno ha puesto o abierto los labios. ¡Oh, qué columna tan robusta y poderosa ha perdido la Iglesia del Ecuador! Llora, llora, hermana querida, pérdida tan irreparable; llora de día y de noche, y

que la pupila de tus ojos no calle, porque el fuerte de Israel ha caído; pero témplese tu amargura, al considerar que tu dolor no es solitario: te acompaña tu hermana la Iglesia de Chile, y aún, no lo dudes, la Iglesia Universal representada por su jefe sagrado, que tan paternalmente amaba a tu ínclito mártir, cuya conducta pública colmaba de elogios, y sobre quien derramaba tan dulces y fecundas bendiciones ...!

## XVIII

El éxito, señores, no siempre es una consecuencia infalible de los esfuerzos más empeñosos, y de la laboriosidad más inteligente cuando tiene por blanco la moralidad de las masas populares; pasiones profundamente arraigadas, hábitos inveterados, corrientes de opinión enaltecidas con nombres sonoros, suelen oponer murallas de bronce a la acción moralizadora de los operarios del bien. ¿Pero cupo tal

suerte a los trabajos del señor García Moreno? ¿Las veleidades del éxito deslustraron acaso la gloria de su celo incomparable? Mil veces no, señores: al contrario, acaso nunca en tan breve tiempo se ha obtenido un resultado tan satisfactorio, debido sin duda a la lluvia saludable de las bendiciones del cielo, que invocado por quien en él únicamente ponía toda su confianza, regaba copiosamente el campo labrado por esa mano incansable. Si queréis una prueba de esta verdad, yo no haré más que indicaros dos hechos que, en mi concepto, la demuestran hasta la evidencia. El primero consta de un capítulo de carta del ilustre finado, en que lleno de profundo reconocimiento a la divina Providencia que tan largamente bendecía su obra, dice a un elevado personaje de esta ciudad, que la criminalidad ha disminuído de tal modo que los jueces están admirados, y que le informan que apenas tienen ocupación en sus tribunales. El otro

hecho es de incuestionable notoriedad en el Ecuador, y la prensa lo ha divulgado a los cuatro vientos. —Es cosa sabida que la hermosa y bien construída cárcel penitenciaría, levantada hace poco por nuestro héroe, es bastante espaciosa para contener holgadamente a más de trescientos reos; pues bien, al entregarla a su destino no se ha podido encontrar más de cincuenta criminales que merezcan ocuparla, sin embargo de que la población se eleva a un millón y medio de habitantes. Datos son éstos, señores, que están manifestando cuán difícil es que el barómetro de la moralidad pública pueda elevarse más alto, sobre todo en países tan desorganizados como lo estaba el Ecuador antes del advenimiento al poder del malogrado García Moreno.

## XIX

Ahora bien, señores, si a lo que acabáis de oír agregáis los triunfos obtenidos por nuestro sentido per-

sonaje, en el orden material y en el orden intelectual, fuerza será que le decretéis una triple corona de gloria relativa a los tres géneros de vidas con que dotó a su patria; la vida material, la vida intelectual y la vida moral. Justo es, pues, que proclamemos con férvido amor y con ardiente entusiasmo, la inmortalidad de este grande hombre tres veces glorioso.

## XX.

Después de lo expuesto, ¿sería posible negar el carácter de providencial que hemos atribuído a la misión de este personaje grande entre los grandes? Si esta palabra algo significa es cierto, obras extra ordinarias de Dios realizadas por hombres suscitados al intento; por medios humanamente inadecuados, a fin de dar a los mortales altas y saludables lecciones. Ahora bien, ¿qué cosa más extraordinaria que levantar a una nación de la postración material, intelectual y moral

más deplorable, y elevarla a un grado tan notable de prosperidad en ese triple sentido, mediante la acción de un solo hombre, sin tener ninguno de los medios adecuados a semejante empresa? Si se lo preguntáis a él mismo, os responderá que de ningunos, y que todo el secreto de su éxito admirable consistió en su confianza en Dios, y en haber establecido las instituciones de su patria sobre la ancha e indestructible base de la religión católica, apostólica, romana. ¿Y qué cosa más evidente que los designios de Dios en este acontecimiento, que no pudieron ser otros que revelar el secreto de conducir a los pueblos al bien y a la ventura social, por el único camino que a ella dirige la profesión pública, especulativa y práctica de la única religión verdadera y abrir los ojos a los gobiernos obcecados, que creyendo poder marchar por las sendas del progreso sin religión y sin Dios, se dejan arrebatar ellos y sus gobernados por las corrientes impetuosas del

error y de la corrupción a los abismos insondables del desquiciamiento y de la muerte? Designio de amor y de altísima misericordia que no puede desconocer sino la obstinación más estúpida y criminal! Alabemos, pues, señores, a Dios en el hombre virtuoso, en el hombre modelo, en el católico perfecto, el Excmo. señor doctor don Gabriel García Moreno; y hagamos votos ardientes porque sus altos ejemplos sean imitados por todos los que rigen los destinos de las sociedades cristianas.

XXI

Aquí debería, señores terminar: no entra en mi propósito la vida privada del héroe que lloramos. Sin embargo ¿cómo no pasar siquiera rozando con las alas del aura las flores preciosas de ese campo tan bello y tan fragante? Si queréis consultar mi juicio sobre este punto, puedo aseguraros que, a ser exactos los ligerísimos datos que

he podido obtener, no conozco vida más recta, más inmaculada, más perfectamente cristiana que la de nuestro personaje en la categoría social en que plugo a la Providencia colocarlo. Bien claro lo demuestra su vida pública que hemos trazado a grandes rasgos; ella no tendría explicación sin un fondo de virtudes muy rico y abundante. Recurrir a la ficción y a la hipocresía, como lo han hecho el odio y la envidia mal encubierta, es un medio más estúpido que ofensivo, atendidos los tiempos que atravesamos, en que la virtud, especialmente la virtud religiosa, lejos de estar en honor, tiene que ocultarse como una vil criminal, objeto de desprecio y de execración. El señor García Moreno, a más de las virtudes morales, poseía en altisimo grado las virtudes religiosas del hombre privado; una fe firme, viva, incontrastable, manifestada en todos los actos de su vida; una confianza en Dios sin límites que formaba el secreto de su incomparable energía

y que lo alentaba en sus empresas más atrevidas: a esta confianza atribuía él constantemente el éxito de todos sus proyectos; un amor de Dios y del prójimo, comparable al de los grandes santos. Cumplía exactamente con los preceptos no sólo de la ley de Dios, sino también de la Iglesia; su amor y su obedien cia hacia esta madre divina eran los de un hijo tierno y amantísimo; llevaba hasta el escrúpulo la exactitud en la observancia de sus leyes; el respeto por su independencia y soberanía era t l que no hacía cosa alguna que tuviese relación con el orden religioso sin obtener previamente el permiso de la Santa Sede. Ni aún carecía de ese aroma precioso de la vida cristiana que se llama la devoción. Su piedad para con la Santísima Virgen María, Madre de Dios, era tierna y edificante; tenía su retiro espiritual todos los años, y se confesaba y comulgaba con tal frecuencia, que no falta quien diga que lo hacía diariamente, a lo menos algún tiem

po antes de su trágica muerte, como si con luz profética la hubiera presentido: prolongaba su oración por largo tiempo, y ese libro de oro en que las almas piadosas liban la esencia de la perfección cristiana, el Kempis, no faltaba nunca de la cabecera de su lecho de reposo. Piadoso, prudente, humilde, púdico, sobrio, casto, pacífico, parece, seño res, que la Iglesia hubiera compues to para él ese himno precioso en que canta las virtudes de sus santos confesores. Después de lo expuesto, excusado me parece aseverar que semejante hombre fue un excelente hijo, un excelente esposo y un excelente padre de familia, cuyo precioso vá tago, llevando en sí el doble germen de la sangre y del espíritu del árbol espléndido que la tempestad acaba de tronchar con mano inclemente, nos dará (debemos pedirlo al cielo un nuevo ejem plar de su padre esclarecido.

# XXII

Tiempo sería ya, señores, de que evocando un recuerdo de incompara ble amargura, llenara vuestras almas acíbar intolerable, haciendoos asistir al espectáculo del horrendo parricidio; una fecha para siempre funesta, el ominoso 6 de agosto, ha ce rato me persigue. Pero no, nada temáis, señores. Solamente os diré que la víctima, al ser inmolada, no solo tenía coronada su cabeza con las flores de la inmortalidad, sino que la mano del crimen tuvo que arrancarla de los brazos del amor, en donde gozaba esos deliquios del alma que solo se gustan en el corazón de Dios.

Ah, todavía saboreaba el pan de la vida que por la mañana había comido en compañía de los ángeles. Endiosado, hablaba con su Dios esas palabras arcanas que la lengua del hombre no puede pronunciar. Acababa de sentarse a la mesa de la in [illegible] importaba la

muerte? Venid, pues; hienas sangrientas enviadas por el infierno; hundid esos puñales en ese cuerpo deificado por el reciente contacto de la carne divina; quemad ese corazón ya devorado por la llama suavísima de los amores del Cielo; sí, consumad el sacrílego atentado: cubriréis de llanto y de luto la tierra pero causaréis una fiesta inefable en el cielo!

Sucumbe pues, señores, el héroe por la mano infame de la impiedad, que acosada por el miedo que le inspiraba su heroico valor, compra viles sicarios que la libren de tan formidable adversario El hierro nefando que por cien puertas abre salida al alma del justo para escaparse de la cárcel de la tierra, le abre también los horizontes infinitos de la inmortalidad.

## XXIII

Tal es señores, el hombre que lloramos: tal fue su vida pública, tal su vida privada, pálida y descolo

rida sin duda, por la inhabilidad de la mano que ha pretendido bosquejarla ante vosotros, sin que por eso haya agotado ni aun sus recursos: tal es la riqueza del argumento confiado a su inexperto pincel. Pero antes de concluír, me vais a permitir, señores, someter a vuestra consideración un pensamiento que me atrevo avanzar con las reservas necesarias. ¿El señor García Moreno no fue un mártir de la Religión? Líbreme Dios de pretender abrogarme una autoridad que la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, tiene sabiamente reservado a su oráculo infalible, para pronunciar un fallo definitivo en este punto. Pero sin salvar los límites de una mera probabilidad ¿sería mucha audacia resolver afirmativamente esa cuestión? Previa esta reserva, ved aquí, señores, mi fundamento. El martirio, teológicamente hablando, es la muerte infligida en odio de la fe, o de alguna virtud cristiana, y aceptada libremente por el que la sufre. Ahora bien ¿por qué

causa el señor García Moreno fue asesinado? Con toda probabilidad lo fue por odio a los principios religiosos que profesaba, y por su conducta en todo conforme a esos principios, es decir, por su conducta cristianamente virtuosa. Que él aceptó libremente esa muerte parece indudable, desde que la tenía demasiado prevista, pues habla de ella con frecuencia, y tampoco ignoraba la causa, y sin embargo, persistía en esos principios y en esa conducta. Luego su muerte llena las condiciones del martirio cristiano. Me permito entonces, señores, salva la obediencia y acatamiento debidos a las prescripciones de la Iglesia, colocar provisoriamente la palma del martirio en las manos de nuestro héroe.

## XXIV

Y este hombre, señores, éste caballero sin par y sin tacha, esta gloria de la América y del mundo, fue nuestro amigo, fue nuestro ad-

mirador, fue nuestro aliado el más sincero y el más decidido. Sí, él vino a Chile en días de peligro a ofrecernos su mano fuerte y generosa, con un desinterés y una abnegación que nunca podremos agradecer bastantenmente. Y cuando go biernos y países con quienes víncu-los mas estrechos nos ligaban, nos negaban indolentemente su concurso, él vino expontaneamente a ofrecernos la sangre de su patria y la sangre de sus venas para que la de rrmásemos confundida con la nuestra en la inju-ta y desigual guerra que una potencia mas fuerte que no sotros nos hacía. ¡Oh¡ este heroismo de la amistad es sin duda acree dor a toda ntestra gratitud, y reclama una deuda de lágrimas y de amor sobre la tumba sangrienta del hombre mas noble y mas inmaculado que el mundo de Colón ha ya prcducido.

## XXV

Si, sombra augusta y veneranda! si en esa misteriosa de la luz inaccesible en que nuestra piedad os cree flotante en medio de delicias infinitas, os inspira algún interés el amor y la memoria de los hombres y de las naciones que navegan por las aguas amargas de esta vida deslesnable, sabed que vuestro nombre y vuestro recuerdo vivirán eternamente en los corazones chilenos; himnos de amor y de gratitud se elevarán siempre de nuestros pechos al recordar vuestros beneficios y vuestros altos ejemplos. No, el corazón chileno no sabe ser ingrato; y si legnuas innobles osaren mancillar el limpio cristal de vuestra gloriosa memoria, nosotros las renegaremos en nombre de la justicia, del honor y del patriotismo. ¡Oh inmortal García Moreno! vos fuisteis nuestro amigo nacional en los días oscuros de vuestra peregrinación: continuad siéndolo en los días luminosos de vuestra feliz eternidad.

El espíritu funesto que vos tan victoriosamente combatisteis en vuestra patria, nos amenaza también a nosotros: fulminadlo aun desde esa región augusta del rayo omnipotente; flotad sobre nosotros, sombra fenéfica, y que los rayos de vuestro espíritu patriótico y religioso penetren en nuestros gobiernos y en nuestros pueblos, a fin de que floresca en la patria la triple prosperidad material, intelectual y moral que hicisteis reinar en la vuestra. Mas si aún no os es dado alcanzar la infinita bienandanza; si el polvo recogido en los caminos de la peregrinación, os detiene, en esos lugares tristísimos y tenebrosos de la expiación, contad con nuestras plegarias fervorosas, con las plegarias arrancadas por el afecto y la gratitud. ¡Adiós, hombre admirable! Que la tierra sea ligera para vuestros manes, y que el cielo abra pronto a vuestro espíritu los horizontes luminosos de la ventura interminable.

*Requiescat in pace.—Amen.*

# Oración Fúnebre

PREDICADA POR EL CURA DEL ESPÍRITU SANTO, PBRO. D. SALVADOR DONOSO, EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS CELEBRADAS POR EL ALMA DEL EX-PRESIDENTE DEL ECUADOR,

DR. DON GABRIEL GARCÍA MORENO,

EN LA IGLESIA DE LOS SAGRADOS CORAZONES, EL DÍA 13 DE OCTUBRE DE 1875

*Nequaquam ut mori solent ignavi mortus est.... Manus tuae ligatae non sunt et pedes tui non sunt compedibus agravati; sed sicut solent, cadere coram filiis iniquitatis sic corruisti.* (Libro 2° de los Reyes c 3° vs. 33 y 34).

No has muerto como mueren los cobardes ... Tus manos no han sido atadas ni tus pies cargados de cadenas, sino que has caído como caen los valientes delante de los hijos de la maldad.

I

Ilmo. señor: señores:

Cuando un gran crimen abre prematura tumba a los ardientes defensores de una noble causa, la justicia inexorable de Dios se encarga de elevarles allí mismo en

bronce o en mármol el imperecedero monumento de su gloria futura.

Tal es el fallo tremendo de la enlutada y sangrienta historia del mundo, cuyas páginas más interesantes son aquellas que narran con lastimeros gemidos el trágico y desastroso fin de un hombre ilustre, que ha ceñido sus sienes con la doble corona de HEROE y de MARTIR.

Y mal que pese, señores, al genio del mal. que acaba de tender sus negras alas sobre la mustia y dolorida frente de la República del Ecuador, nuestra infortunada hermana, el genio del bien ha convocado al instante a todos los hombres de corazón y de fe, para rendir el homenaje de la más alta estimación a su antiguo y fiel mandatario, inmolado bárbara y traidoramente por mano fratricida.

Sí, ¡noble caudillo de la causa de Dios! ¡celoso defensor de la Iglesia y de la Patria! estás ven-

gado, y al borde de tu gloriosa tumba resuena todavía el fúnebre lamento de un pueblo entero que, profundamente consternado, con la voz inspirada de un dolor sublime, dice a todos los pueblos de la tierra:

«No, no ha muerto García Moreno como mueren los cobardes. No, de ninguna manera, porque ni sus manos han sido ligadas ni sus pies cargados de cadenas. Cayó como caen los valientes delante de los hijos de la iniquidad».

A unir nuestro quebranto con esta plegaria de indecible amargura, venimos hoy, señores, y al pie de esa ara sacrosanta que nos recuerda al Rey de los mártires inmolado sobre el Gólgota, depositaremos nuestros gemidos y nuestras súplicas por el amigo y el hermano que antes de expirar legaba a sus verdugos el perdón y la misericordia.

Perdonemos con él a los traidores de su patria que, deslumbrados quizás con el brillo de infame sa

lario, no midieron en su sórdida avaricia toda la gravedad de su crimen y de sus funestas consecuencias.

No es mi intento, ¡ah nó! señores, antes sellaría mis labios y descendería de esta cátedra, desde donde se predica el amor infinito, maldecir a los culpables; nó, que Dios les haya enviado con el remordimiento de su crimen el dolor de la expiación, son mis más ardientes deseos.

Entre tanto, fijemos nuestra mirada en la ilustre víctima y veremos que un doble amor le teje la inmortal diadema de su póstuma gloria como mandatario y como cristiano.

El Exc.mo. señor don Gabriel García Moreno amó a su patria y por eso ella lamenta su trágica muerte. Amó también a la Iglesia católica, de quien era hijo fiel y sumiso, y por eso ella, a su turno, bendice su memoria y le paga justa y merecida deuda de honrosa gratitud.

Siento, señores, no poder corresponder como es debido a vuestras esperanzas y a las mías, encomiando cual merece a tan egregio personaje.

Mas Dios sabe cuánta es mi voluntad para pagar a su siervo este tributo de admiración cristiana, y a sus pies pongo hoy mis humildes palabras para que él las eleve y las engrandezca con el soplo celestial de esa elocuencia que da luz a los ciegos y vida a los muertos.

¡Gran Dios! Arbitro supremo de cuanto se agita en la inmensidad de vuestro poder! haced que, profundamente conmovido con la desgracia que deploramos a la sombra de este enlutado santuario, sepa inspirarme e inspirar a mis oyentes, el amor y la energía que él tuvo para defender hasta la muerte la augusta y santa causa de la Iglesia católica, vuestra Esposa inmaculada.

## II

De dos grandes y sublimes amores, el uno de la tierra y el otro del cielo, estaba, lleno, señores. el magnanimo corazón del hombre ilustre que ha despertado al morir tantas y tan profundas simpatías.

El Excmo. señor don Gabriel García Moreno amaba a la verdad, con vivo y ardoroso entusiasmo a la augusta religión del divino Jesús, que meció su cuna, y a la República del Ecuador, su patria natal, cuyos valiosos intereses defendió sin descanso en largos años de su fecunda y laboriosa existencia.

Inspirado desde niño, sobre las rodillas de una madre eminentemente cristiana, en las sagradas y sublimes páginas del Evangelio, nuestro héroe no tuvo otra divisa para marchar por recta y segura senda en las acciones de la tierra que la justiciera mirada del Dios de los cielos.

Sobre esa roca inamovible de la fe se alza, señores, el pedestal eterno de los heroes del cristianismo, y ya sabéis que ni las furias del averno ni las alas ennegrecidas del odio y de la malevolencia humana son capaces de hundir entre las sombras del olvido esos nombres altamente gloriosos El cielo y la tierra pasarán pero no pasará la palabra infalible que ha dicho: *In memoria eterna erit justus.* La memoria del justo será eterna.

Tanto más, señores, cuanto la Divina Providencia cuida en sus altísimos designios de aumentar la luz y la fuerza de aquellos hombres que destina para desempeñar una gran misión. ya sea en la marcha terrena de los pueblos, ya en la marcha divina de su Iglesia, sobre las olas agitadas del tiempo y de la muerte.

Al encontrar en la historia alguno de esos héroes que han dado su nombre al siglo en que vivieron, sin quererlo y como arrastra-

dos por un impulso secreto de nuestra alma, nos sentimos tentados a exclamar con el lenguaje inspirado del profeta: ¡Ah: es cierto! *Gloria et honore coronasti eum et constituisti eum opera manum tuarum.* No ha sido exagerado tu elogio, admirable poeta de los primores del Altísimo! En medio del abismo de miserias que circundan a la humanidad decaída por el pecado, se elevan hombres tan distinguidos por su inteligencia y su corazón que de ellos puede decirse sin reserva: «Es verdad, les has coronado de gloria y de esplendor y les has constituído sobre las obras de tu mano». Son hombres de talla gigantesca que cual Constantino, Carlo Magno, San Luis, Tomás Moro y O' Connell dicen a los siglos y a las edades venideras: Henos aquí, vivos aún sobre las losas de los sepulcros, contemplando la grandeza de nuestros pueblos y de nuestros hijos, que recogen todavía nuestras lecciones para marchar ade-

lante, y siempre adelante en las arduas y difíciles tareas del grandioso y sin par progreso de la Cruz».

Pues bien. señores: en la historia del Ecuador se ha escrito ya, y con sangre, para que nunca se bo rre, el nombre de García Moreno, y las generaciones que allí se levanten desde el aciago 6 de agosto que marca esa página, exclamarán entuciasmadas:—Hé aquí el héroe redentor de la Patria: hé aquí su cuna y su tumba, ambas gloriosas, la una por la fe que le hizo cristia no y la otra por la cruz que le ha hecho mártir.

Y no está lejano el día en que las madres, llevando de la mano a sus pequeñuelos, les digan:—«Venid, hijos nuestros, coronemos de frescas rosas este sepulcro donde duermen las cenizas de uno de los hombres mas grandes que registra en sus fastos nuestra lúgubre historia. El dió vida a este pueblo, que moría en los brazos de guerra fratricida, cargado de

cadenas y harto de oprobio. El le sacó de la anarquía, le inspiró en su frente el soplo divino de la fe, le dió leyes sabias, embelleció sus ciudades, levantó por todas partes esos monumentos que narran con muda elocuencia su progreso, y por fin, selló tanta gloria con su sangre vertida ¡ah! por negra traición. Aprended, pues, hijos nuestros al borde de esta tumba, aprended a amar a la patria, que encierra en su seno nuestros más dulces recuerdos y nuestras más caras esperanzas».

Y bien, señores: ¿quién podrá decirnos lo contrario, cuando palpitan todavía de dolor los corazones agradecidos de muchos millares de hombres, que no sólo en el Ecuador, sino también en la América, y sin duda hasta en el viejo mundo bendecimos la memoria del eminente mandatario que engrandeció a su patria, y del fervoroso creyente que enalteció a la Iglesia de Cristo nuestra madre común? ¡Ah! señores, nó, no es

dado dudarlo; porque allí están los hechos que no mienten, y esas obras colosales levantadas por la mano infatigable del gran patriota dicen a sus calumniadores:—«Es inútil vuestra empresa, si vosotros queréis denigrarle. nosotros le engrandeceremos y le alabaremos». *Laudent eum opera ejus.* Alábenle sus obras; y ese es el mejor elogio y a la vez la más elocuente defensa de García Moreno

Abro, señores, de nuevo las páginas de la notable e interesante historia de este hombre, y no sé, a la verdad, cómo reducirlas a un exacto compendio, sin minorar su gloria por la palidez de mis imágenes y la débil vibración de mis palabras, impotentes para bosquejar tan vasto cuadro.

Con todo, pongamos de relieve sus méritos como patriota, y veremos que es modelo de mandatarios cristianos.

Pasemos en silencio su brillante juventud, consagrada exclusiva-

mente al estudio de las ciencias, con que más tarde su clara y fecunda inteligencia debía irradiar a todas las clases y condiciones de su pueblo. No hablemos tampoco de sus variados y profundos conocimientos en todos los ramos del saber humano, adquiridos a fuerza de incontrastable constancia, ora en su propia patria, ora en las más célebres cátedras de la capital de Francia, emporio de las ciencias y de las artes.

Lleguemos cuanto ántes, señores, al momento solemne en que el joven ecuatoriano, dotado por la divina Providencia de un claro entendimiento, de una voluntad inquebrantable, de un brazo robusto y sobre todo de un corazón magnánimo y emprendedor, se encuentra frente a frente de los gravísimos males que llevan a su patria a una catástrofe inevitable.

Era el año de 1852, época por demás crítica y luctuosa para la República del Ecuador, cuando el joven García Moreno, de arrogante

estatura, frente espaciosa, altiva mirada y palabra de fuego, convincente y sostenida, pisa las playas de su patria y entra en la noble y santa lid de su defensa.

Una idea le domina, una pasión le arrastra con vehemencia, y los dos grandes y sublimes amores que lidían en su pecho como se estrellan dos olas embravecidas en medio de deshecha tormenta, suben hasta el cielo y estallan en los aires con este grito de invencible contienda: *Pro aris et fosis.* Por los altares y por las tumbas. Tal era el juramento temible de los antiguos soldados de Esparta, la señora de Grecia y de Roma, la señora del mundo. Tal fue el juramento del valiente soldado del Ecuador, cuyo nombre recordará mañana la historia de América, al lado de sus mas queridos y distinguidos hombres por su virtud y su heroísmo.

No lo dudéis, señores, porque García Moreno ha prestado a su patria grandes e importantes ser-

vicios. Comienza su carrera como escritor, arrojando desde la prensa la buena semilla de la ciencia cristiana, que eleva a los indivi duos y a los pueblos, lidiando siempre de frente contra la prensa descreída que los rebaja y los envilece.

No encontraréis una sola página de este habil político que no estampe el nombre de Dios, y que no invoque su soberanía sobre el mundo como la única base del bienestar social. Hoy día es difícil, señores, encontrar hombres que, desde las alturas del poder, confie sen con franqueza el gobierno y la intervención de la Providencia en los altos destinos de la humanidad. Ya no es una máxima infalible la que Dios mismo dejó escrita en el gran libro de su antigua y vene rable legislación, en la Biblia, código eterno de los gobiernos que han respetado a la Iglesia de Cristo: *Per me reges regnat et legum conditor es iusta decernuut.* Por mi reinan los reyes, y

los legisladores decretan la justicia.

García Moreno amaba y respetaba esta doctrina como el único fundamento de prosperidad y ventura para su pueblo y para el mundo.

Honor, señores, al mandatario cristiano, gloria a su memoria y de nuevo desahoguemos nuestro lacerado corazón vertiendo lágrimas de acerbo dolor sobre su prematura y ensangrentada tumba.

Como verdadero cristiano, García Moreno amaba la justicia y la libertad, que se inspira en las sagradas fuentes del bien, era su divisa. Por eso, señores, cuando ve que en su patria se sanciona un inicuo decreto de ostracismo contra la Compañía de Jesús, él sale a su defensa. Escribe en su favor valientes y brillantes páginas, y parte con ellos el pan del destierro, volviendo de nuevo a Europa, donde continúa con ahinco en el estudio de las ciencias.

Poco tiempo estuvo el campeón

caste al ínclito varón, al hombre providencial, que había de levantar el primer trono de Jesucristo y consagrarnos oficialmente a su Divino amor.

El Ecuador desde aquel día brilla con luz que si acaso se eclipsa no se extingue nunca; y sus dos títulos de honor, ante el universo, títulos íntimamente enlazados, inseparables, son y serán el de República del Corazón de Jesús, el de Patria de García Moreno.

## Nuestro próximo folletín

Como ya lo tenemos anunciado, desde mañana empezará a publicar El Derecho, como folletín, el magistral e importante trabajo de actualidad, titulado «Apostolado social del Clero», escrito por el connotado periodista y orador, R. P. Ricardo Delgado, Vicario General de la Merced, tan ventajosamente conocido ya entre nosotros.

Este interesante estudio, aplicado a la situación presente del Ecuador, debe ser leído por todos los católicos, especialmente por nuestro ilustrado Clero. Lleva el correspondiente permiso eclesiástico.